

Más tarde, al cabo de un mes, muchas mañanas se olvidaba poner los tres francos sobre la cómoda.

Ella se había permitido pedirlos tímidamente y de un modo indirecto.

Entonces hubo tales pependencias, la trataba tan duramente al primer pretexto que surgía, que prefirió no contar más con él.

Por el contrario, cuando no había dejado las tres monedas y encontraba á pesar de eso su comida, estaba alegre como unas castañuelas, amable, besando á Nana, bailando con las sillas. Y ella, muy dichosa, llegó á desear que no dejara nada sobre la cómoda, á pesar de los apuros en que se veía.

En una ocasion, hasta le devolvió sus tres francos, contando una historia y diciendo tener aún el dinero de la víspera.

Pero como la víspera no había dado nada, Fontan quedó un instante perplejo, atribuyéndolo á una leccion.

Ella, sin embargo, le miraba con sus ojos apasionados, le besaba en una consagracion absoluta de toda su persona, y Fontan embolsó las piezas con el ligero temblor convulsivo de un avaro que recobra una suma comprometida.

A partir de este dia no volvió ya á inquietarse, sin preguntar jamas de dónde procedía la moneda, con el rostro cejijunto cuando le presentaba patatas, riendo á mandíbula batiente ante los guisados y los pollos, sin perjuicio, no obstante, de algunas bofetadas que solía dar á Nana, aún en su dicha, para desentumecer la mano.

Nana había, pues, encontrado el medio de ocurrir á todo.

La casa en ciertos dias rebosaba de alimentos.

Bosc cogía grandes indigestiones dos veces por semana.

Una noche, al retirarse la señora Lerat, furiosa de ver en el fuego una abundante cena, de que ella no comería, preguntó brutalmente á Nana quién pagaba esto.

La jóven, sorprendida, se turbó completamente y se puso á llorar.

— ¡Y bien! es decente eso — dijo la tia, que comprendió.

Nana se había resignado á todo por tener paz en su casa.

Ademas, la culpa era de la Tricon, á quien había encontra-

do en la calle de Laval un dia en que Fontan se marchara furioso á causa de un plato de abadejo.

Entonces había dicho que sí á la Tricon, quien justamente se hallaba en un apuro.

Como Fontan no venía jamas ántes de las seis, ella disponía de sus tardes, y traía cuarenta francos, sesenta francos, más algunas veces.

Habría podido hablar de diez y de quince luises si hubiese sabido explotar la situacion; pero quedaba muy satisfecha con ganar allí lo suficiente para hacer hervir la marmita.

Por la noche lo daba por bien empleado todo, cuando Bosc se hartaba hasta reventar, y Fontan, con los codos sobre la mesa, se dejaba besar los ojos, con el aire superior de un hombre que es amado desinteresadamente y por sí mismo.

Entonces, mientras adoraba á su querido, á su perro amado con una pasion tanto más ciega cuanto que ella pagaba el gasto, Nana se revolcó otra vez en el cieno de sus comienzos de niña.

Emprendió de nuevo sus correrías, y azotó el empedrado con sus antiguas chinelas á caza de un duro.

Un domingo, en el mercado de la Rochefoucauld había hecho las amistades con Satin, despues de haberse arrojado sobre ella, echándole en cara furiosamente lo de la señora Robert.

Pero Satin se limitó á responder que, cuando no se amaba una cosa, no era esto una razon para querer que digustára á los demas.

Y Nana, de espíritu elevado, cediendo á esta idea filosófica de que nadie sabe jamas dónde ha de concluir, la perdonó.

Hasta, movida de la curiosidad, llegó á preguntarle sobre los rincones del vicio, estupefacta de aprender algo aún á sus años, despues de todo lo que sabía, y en medio de risas y exclamaciones encontraba esto gracioso, un poco repugnante, sin embargo, porque en el fondo Nana era burguesa para lo que no entraba en sus costumbres.

Así, volvió á casa de Laura, comiendo allí cuando Fontan pasaba el dia fuera.

Encontraba divertidas las historias de amores y de celos

que apasionaban á las parroquianas, sin que por eso se descuidaran en comer.

La gorda Laura, con su maternidad enternecida, le invitaba á menudo á pasar algunos días en su quinta de Amiers, una casa de campo donde habia alcobas para siete damas.

Nana rehusaba, tenía miedo. Pero habiéndole jurado Satin que estaba en un error, prometió ir allá más tarde, cuando le fuera posible ausentarse.

Nana atravesaba un período de grandes apuros. Estaba escasa de dinero.

Cuando la Tricon no necesitaba de ella, lo que sucedia muy á menudo, no sabia en dónde dar con su cuerpo.

Entonces, acompañada de Satin, hacia salidas rabiosas sobre el empedrado de París, en ese vicio bajo que rueda por las callejuelas bajo la claridad trémula del gas.

Nana volvió otra vez á los bailes de la Barrera, donde habia hecho saltar sus primeras enaguas sucias; volvió á los rincones negros de los boulevares excéntricos, donde la abrazaban los hombres á los quince años, cuando su padre la buscaba para darle azotes....

Ambas corrian, recorriendo los bailes y los cafés de un barrio, brincando escaleras húmedas de cerveza derramada y de inmundicias, ó bien caminaban suavemente subiendo las calles y plantándose de pié contra las puertas cocheras.

Satin, que habia comenzado su carrera en el barrio latino, condujo allí á Nana, á casa de Bullier y á las cervecerías del boulevard Saint-Michel.

Pero como se aproximaban las vacaciones, el barrio estaba desanimadísimo, y las jóvenes volvian siempre á las calles más céntricas.

Aquí, por lo ménos, tenían algunas probabilidades....

Desde las alturas de Montmartre á la meseta del Observatorio recorrían así la ciudad entera.

Noches de lluvia, en que se torcían los tacones de sus botas; noches cálidas, en que se pegaban las ropas á su piel; acechos prolongados, paseos sin fin, atropellos y pendencias, brutalidades últimas de un transeunte que bajaba de algun oscuro zaquizamí jurando y maldiciendo.

El verano tocaba á su término; un verano borrascoso, de noches ardientes. De ordinario salían juntas, despues de comer, hácia las nueve.

Sobre el empedrado de la calle Notre-Dame de Lorette, dobladas, los ojos en tierra, se precipitaban hácia los boulevares con apariencia de gran prisa, sin dirigir una mirada á los escaparates.

Era la bajada hambrienta de las muchachas del barrio Brede, á las primeras luces del gas.

Nana y Satin bordeaban la iglesia, tomando siempre por la calle Le Pelier. Despues, á cien metros del café Riche, cuando llegaban sobre el campo de operaciones, dejaban caer la cola de su vestido, recogida hasta allí con mano cuidadosa; y desde aquel momento, arrojando el polvo, abriendo la calle y balanceando el cuerpo, caminaban lentamente, acortando aún más el paso cuando atravesaban la zona de luz proyectada por un gran café.

Escotadas, riendo alto, echando miradas hácia atras sobre los hombres que se volvian, estaban allí como en su casa. Sus rostros pintados, con su negro en los párpados y su rojo en la boca, tomaban á la sombra el turbador encanto de un bazar de Oriente á peseta, abandonado en medio del arroyo.

Hasta las once, entre los choques de la muchedumbre, permanecían muy alegres, lanzando simplemente un «¡ animal! » de tarde en tarde, cuando algun transeunte torpe le arrancaba con el pié un volante del vestido; cambiaban pequeños saludos familiares con los mozos de café, se detenían á hablar delante de una mesa, y aceptaban copas, que bebían lentamente, muy contentas de poder sentarse para esperar la salida de los teatros.

Pero cuando se adelantaba la noche, volvían á la calle Larochefoucault, donde su caza se hacia más y más áspera.

Habia allí, al pié de los árboles, á lo largo de los boulevares sombríos, que iban quedando ya desiertos, regateos feroces, palabras fuertes y golpes; mientras que familias honradas, el padre, la madre y las hijas, habituadas á estos encuentros, pasaban tranquilamente, sin apresurar el paso.

Luégo, despues de haber ido diez veces de la Ópera al Gimnasio, Nana y Satin, cuando decididamente los hombres se desasian, escurriéndose en la oscuridad creciente, avanzaban hácia la calle del Faubourg-Montmartre.

Allí hasta las dos permanecian iluminadas las fondas, las cervecerías, las tabernas, y una turba de mujeres se apiñaba á las puertas de los cafés, último rincón encendido y viviente del París nocturno, último mercado abierto á las transacciones de una noche, en que los negocios se trataban crudamente entre los grupos, de un extremo á otro de la calle, como en el corredor abierto de una casa pública. Y las noches en que volvían sin pareja, aquellas mujeres disputaban entre sí.

La calle Notre-Dame de Lorette se extendía negra y desierta; las sombras de tanta desdichada parecían arrastrarse; era el regreso lento del barrio, en que las pobres niñas, exasperadas por una noche de huelga, discutían aún roncamente con algun borracho extraviado, al que intentaban detener en el ángulo de la calle Breda ó de la calle Fontaine.

Sin embargo, había allí muy buenas fortunas, luises ganados con algunos señores que subían, guardando en el bolsillo su condecoración.

Satin, sobre todo, tenía buena nariz.

Las noches húmedas, cuando París mojado exhalaba un olor insípido de gran alcoba poco limpia, sabía que este tiempo lánguido, esta fetidez de los rincones oscuros ponían furiosos á los hombres. Y solía acechar á los mejor portados, leyendo esto en sus pálidos ojos.

Era como una ráfaga de locura carnal pasando sobre la ciudad.

Satin, no obstante, tenía algun miedo, porque los más disgustados solían ser los más sucios.

Todo el barniz exterior desaparecía, y se mostraba sólo la bestia, exigente en sus gustos monstruosos, refinando su perversion.

Esta era la causa de que Satin careciese de todo respeto, declamando contra la dignidad de las gentes de coche; sus lacayos eran más decentes, porque á lo ménos respetaban á las mujeres, sin atormentarlas con ideas del otro mundo.

La sacudida de las gentes de buen tono en la crápula del vicio sorprendió hasta á Nana, que conservaba preocupaciones; Satin se las desvaneció completamente. Porque lo que ella decía: París, desde las nueve de la noche á las tres de la madrugada, estaría de ver en lo oscuro de las alcobas, especialmente tratándose de personajes.

Y ella, cuando hablaba gravemente, ¿acaso no tenía virtud? Pues la tenía de alto abajo.

Una noche, al ir á buscar á Satin, Nana reconoció al Marqués de Chouard, que bajaba la escalera, las piernas vacilantes, arrastrándose sobre el pasamano, la cara lívida.

La jóven fingió sonarse.

Despues, en lo alto, como encontrase á Satin en un desorden horrible, la casa abandonada hacía ocho dias, el techo infecto, los cacharros hacinados, mostró su extrañeza de que conociese al Marqués.

¡ Ah, sí, ella le conocía, y bastante que les había molestado á ella y á su pastelero cuando estaban juntos!

Ahora venía de tiempo en tiempo; pero era muy pesado, metía la nariz en todos los sitios poco limpios, hasta en sus zapatillas.

—Sí, querida, en mis zapatillas.... ¡ Oh, un viejo indecente! Pide á veces unas cosas....

Lo que inquietaba sobre todo á Nana, era la sinceridad de aquélla bajo su desenfreno.

Ademas, Satin le metía un miedo horrible con la policía.

A este propósito contaba una porción de historias. En otro tiempo tenía amores con un agente de la policía, para que se la dejase en paz, y en dos ocasiones la había servido de mucho; pero ahora su negocio estaba claro si volvían á cogerla, y temblaba.

Los agentes, para obtener gratificaciones, detenían al mayor número de mujeres posible; agarraban de todo indistintamente, y las hacían callar de una bofetada, seguros de ser sostenidos y recompensados, aún cuando hubieran cogido en el monton una muchacha honrada.

En el verano, entre doce ó catorce, solían hacer un copo en

el boulevard, dejando limpias las calles y pescando hasta treinta mujeres en una noche.

Sólo Satin conocía el terreno: desde que divisaba la nariz de los agentes, ponía piés en polvorosa, escurriéndose por las callejuelas y á traves de la turba de mujeres espartadas.

Era un pánico de la ley, un terror á la prefectura tan grande, que algunas quedaban paralizadas á la puerta de los cafés ante el golpe de fuerza que barria la avenida.

Pero Satin temía aún más las denuncias: su pastelero habia sido bastante canalla para amenazarla con esto cuando le habia dejado; sí, los hombres vivían á costa de sus queridas con esta habilidad, sin contar las mujeres indignas que las entregaban por traicion y sólo por ser más bonitas que ellas.

Nana escuchaba estas cosas sobrecogida de un creciente pavor. Había temblado siempre ante la ley, esta potencia desconocida, esta venganza de los hombres, que podían suprimirla sin que nadie en el mundo la defendiese.

San Lázaro se le aparecía como una fosa, como un agujero negro, en que se enterraba á las mujeres vivas despues de haberles cortado los cabellos.

Decíase algunas veces que le hubiera bastado dejar á Fontan para encontrar protecciones. Satin habia tenido á bien hablarle de ciertas listas de mujeres, acompañadas de fotografías, que los agentes debían consultar, con prohibicion de tocar jamás en éstas: Nana no por eso dejaba de temblar, imaginándose siempre atropellada, arrastrada, conducida al día siguiente á la visita; y esto último de la visita la llenaba de angustia y de vergüenza, á ella, que habia salido de *Vénus* en Variedades.

Hacia el fin de Setiembre, justamente una noche que se paseaba con Satin sobre el boulevard Poissonnière, ésta de pronto se puso á galopar. Y como Nana la interrogase:

—Los agentes—dijo.—¡De prisa, corre!

Fué una carrera loca en medio de la muchedumbre.

Los vestidos, en aquella dispersion, se desgarraban. Hubo golpes y gritos. La multitud observaba con risas la brutal agresion de los agentes, que estrechaban rápidamente su circulo.

lo. Entre tanto, Nana habia perdido á Satin. Sin poder correr más, iba sin duda alguna á ser detenida, cuando un hombre, cogiéndola del brazo, la arrancó á los agentes furiosos. Era Prullière, que acababa de reconocerla.

Silencioso volvió con ella á la calle Rougemont, entonces desierta, y Nana pudo respirar tan desfallecida, que su acompañante se vió obligado á sostenerla.

Ella no le dió siquiera las gracias.

—Veamos—dijo Prullière,—por fin, te hace falta reponerte.... Sube á mi casa.

El cómico vivía al lado, calle Bergère. Pero ella se irguió de pronto.

—No, no quiero.

Entonces, tornándose grosero, Prullière replicó:

—¿No estabas ahí para todo el mundo?..... ¿Eh? ¿Por qué no quieres?

—Porque no.

Esto, en su opinion, lo expresaba todo. Quería demasiado á Fontan para hacerle traicion con un amigo. Los demás no entraban en cuenta.

Ante esta terquedad estúpida, Prullière cometió una cobardía de hombre presumido que se ve irritado en su amor propio.

—¡Y bien! Allá te las hayas—declaró.—Por mi parte, querida, no te acompaño más.... Sal del atolladero tú sola.

Y la abandonó. Su espanto la sobrecogió de nuevo: dió un rodeo enorme para entrar en Montmartre, deslizándose á lo largo de las tiendas y palideciendo en cuanto se aproximaba á ella un hombre.

Al día siguiente fué cuando, en la conmocion de los terrores de la víspera, Nana, al ir á casa de su tia, se encontró frente á frente con Labordette, en el fondo de una pequeña calle solitaria de Batignolles.

Al principio uno y otro parecieron contrariados. Él, complaciente siempre, tenía negocios que ocultaba.

Sin embargo, se repuso el primero, felicitándose del encuentro inesperado.

A la verdad, todo el mundo estaba aún estupefacto del

eclipse total de Nana. Se la reclamaba, y sus antiguos amigos se consumían de tristeza. Y haciéndose el paternal, concluyó por echarle un sermón.

—Aquí para entre nosotros, querida, esto va siendo tonto..... Se comprende un capricho. ¡Pero ser explotada hasta ese punto y no ganar más que bofetadas! ¿Acaso aspiras al premio de la virtud?

Nana escuchaba con aire cohibido. Sin embargo, cuando Labordette habló de Rosa, que se daba gran tono con la conquista del Conde Muffat, pasó una llama por sus ojos. La joven murmuró:

—¡Oh! si yo quisiera.....

Él ofreció su mediación como amigo solícito, pero Nana rehusó. Entónces la atacó por otro lado; le dijo que Bordeneuve preparaba una pieza de Faucherie, donde había un papel soberbio para ella.

—¡Cómo! ¡Una pieza en que tengo un papel! — exclamó estupefacta; — ¡pero si él nada me ha dicho!

No nombraba nunca á Fontan.

Por otra parte, se calmó inmediatamente. No volvería á entrar jamás en el teatro. Sin duda Labordette no estaba convencido, porque insistía sonriendo.

—Sabes que nada tienes que temer conmigo. Preparo á tu Muffat, te lo traigo por la pata, y vuelves al teatro.

—¡No! — dijo ella enérgicamente.

Y se separó de él.

Su propio heroísmo la tenía entusiasmada.

No sería un canalla de hombre quien se sacrificara de esta suerte, sin pregonarlo por todas partes.

Sin embargo, una cosa la sorprendía.

Labordette acababa de darle exactamente los mismos consejos que Francisco.

Por la noche, cuando volvió Fontan, le interrogó sobre la pieza de Faucherie.

Él estaba en el teatro de Variedades hacía ya dos meses.

¿Por qué, pues, no le había hablado del papel?

—¿Qué papel? — dijo Fontan con su voz más desagradable.

¿Es el papel de gran señora acaso?..... ¡Ah, con que, tú crees

tener talento! Pero ese papel, hija mia, te va á aplastar..... La verdad, eres una gran cómica.

Nana se sintió ofendida mortalmente.

Fontan se burló de ella toda la noche, llamándola señorita Mars. Y cuanto más la maltrataba, mayor era el amargo placer que ella sentía en este heroísmo de sus amores, que á sus propios ojos la hacía más grande y más enamorada.

Desde que apelaba á los otros para mantenerle, le amaba más aún, entre las fatigas y disgustos que le acarreaaba este género de vida.

Fontan era su vicio, y le pagaba su necesidad, de que no podía prescindir, bajo el estímulo de las bofetadas.

Él, viéndola tan bestia, acababa por abusar.

Su querida le atacaba los nervios; sentía hacia ella un odio feroz, hasta el punto de no tener en cuenta sus intereses.

Cuando Bosc le dirigía observaciones, gritaba exasperado, sin que se supiese por qué, que no podía tragarse ni á ella ni á su dinero, y que la iba á poner á la puerta sólo por el gusto de regalar á otra mujer sus siete mil francos.

Y aquí llega el desenlace de sus amores.

Una noche, Nana, al volver á eso de las once, encontró la puerta cerrada con cerrojo.

Llamó una vez, y nadie respondió; llamó otra, y el mismo silencio.

Sin embargo, se veía luz bajo la puerta, y Fontan, en el ínterin, no se recataba para andar. Volvió á llamar aún, incomodándose. La voz de Fontan se dejó oír, por fin, lenta y grosera:

—¿No te cansarás?

Nana llamó á dos manos.

—¿Todavía estás allí?

Nana llamó más fuerte hasta hendir la madera.

—¡Véte al diablo!

Y durante un cuarto de hora, las mismas palabras duras respondían como un eco chocarrero á cada uno de los golpes con que la joven conmovía la puerta. Despues, viendo que no se marchaba, abrió bruscamente, plantándose sobre el umbral con los brazos cruzados y diciendo con la misma voz friamente brutal:

—¡Nombre de Dios! ¿habeis concluido?... ¿Qué es lo que quereis?... ¡Eh! ¿vais á dejarnos dormir? Bien veis que tengo gente.

No estaba solo, en efecto. Nana divisó á la jovencita de los Bufos, ya en camisa, con sus cabellos de cáñamo desgrefiados, sus ojos hechos á punzon, que se regodeaban en medio de los muebles que Nana habia pagado. Pero Fontan dió un paso hácia fuera, abriendo sus dedos gordos como grandes tenazas.

—¡Largo, ó te estrangulo!

Entónces Nana rompió en gemidos nerviosos. Tuvo miedo y se escapó. Esta vez era ella á quien ponian á la puerta. La idea de Muffat se le ocurrió de repente en su rabia; ¡Fontan la ponía á ella en una situacion parecida!

En la calle, su primer pensamiento fué correr en busca de Satin, por si estaba sola. La encontró ante su casa, arrojada tambien sobre el empedrado por su casero, quien acababa de atrancar la puerta con cadenas, contra todo derecho, puesto que ella tenía allí sus muebles; Satin juraba y hablaba de arrastrarle á casa del comisario. Entre tanto daban las doce, y era preciso encontrar un lecho. Y Satin, no juzgando prudente mezclar á los agentes de policia en sus negocios, concluyó por llevar á Nana á la calle Laval en casa de una señora que tenía un pequeño hotel amueblado. Se les dió una estrecha alcoba en el primer piso, cuya ventana abria sobre el patio. Satin repetía:

—De buena gana hubiese ido á casa de la señora Robert. Allí hay siempre un rincon para mí.... Pero contigo, no es posible.... Está ridícula de celos. La otra noche me ha pegado.

Cuando se encerraron en su aposento, Nana, que no se habia aliviado aún, se deshizo en lágrimas y contó veinte veces la indignidad de Fontan.

Satin la escuchaba con complacencia; la consolaba, se indignaba más que ella todavía, maldiciendo de los hombres.

—¡Oh! ¡los hombres! ¡Oh! ¡los indecentes!... ¡Mira tú, no necesitamos de esos indecentes!

Despues ayudó á Nana á desnudarse, conduciéndose con

ella como mujer prevenida y sumisa. Y repetía zalameramente:

—Acostémonos pronto, mi gata. Estarémos mejor.... ¡Ah! ¡qué tonto es tomarlo á pechos! ¡Te digo que son unos indecentes! No pienses más en ellos.... Yo, yo te amo mucho. No llores, haz esto por tu queridita.

Y en la cama tomó á Nana inmediatamente entre sus brazos á fin de calmarla.

Satin no queria oir el nombre de Fontan; cada vez que intentaba pronunciarlo su amiga la contenía con un beso, haciendo una mueca de cólera, los cabellos sueltos, con una belleza infantil y llena de enternecimiento.

Entónces, poco á poco, en este abrazo tan dulce, Nana enjugó sus lágrimas. Estaba conmovida y devolvía á Satin sus caricias.

Cuando dieron las dos, la bujía ardía aún: ambas lanzaban ligeras risas, sofocadas en medio de palabras de amor.

Pero bruscamente Satin se levantó, medio desnuda, prestando oido; se percibía una gran baraunda en el hotel.

—¡La policia!—dijo muy pálida.—¡Ah! ¡suerte más negra! ¡por Cristo!... ¡Nos hemos fastidiado!

Al refugiarse esta noche en la calle Laval, lo hicieron sin la menor desconfianza.

A esta palabra de *policia*, Nana habia perdido la cabeza. Saltó del lecho, corrió á traves de la alcoba y abrió la ventana con el aire azorado de una loca que va á precipitarse. Pero, por fortuna, el pequeño patio estaba guarnecido de vidrios, con un ligero enrejado casi al nivel de la ventana. Entónces sin vacilar, se sirvió de aquel apoyo, desapareciendo en la oscuridad, la camisa en desórden, al aire los muslos.

—Quédate—repetía Satin espantada.—Vas á matarte.

Despues, al ver que llegaban á la puerta, se portó como buena muchacha, cerrando la ventana y metiendo en el fondo de un armario los vestidos de su amiga.

Por su parte estaba ya resignada, diciéndose que, despues de todo, si le daban cartilla, no volvería á tener este estúpido miedo.

Satin se fingió abrumada de sueño, bostezó, parlamentó, y acabó por abrir á un moceton de barba sucia, que le dijo :

— Enseñad vuestras manos..... No teneis picaduras ; vos no trabajais. Vamos, vestíos.

— Pero yo no soy costurera, soy planchadora— declaró Satin con descaro.

Por lo demas, se vistió dócilmente, sabiendo que no habia discusion posible. Se oian gritos en el hotel : una muchacha se agarraba fuertemente á las puertas, negándose á marchar ; otra, que fué cogida con su amante, y de la que éste respondia, hacia la mujer honrada ultrajada, hablando de intentar un proceso contra el prefecto de policia. Durante cerca de una hora fué aquél un ruido de botas sobre las escaleras, de puertas casi derribadas á puñetazos, de disputas vehementes, que se ahogaban en sollozos ; de vestidos que resbalaban rozando las paredes : todo el despertar brusco y la marcha azorada de un rebaño de mujeres, brutalmente conducidas por tres agentes á las órdenes de un comisario rubio y muy fino. Despues, el hotel quedó de nuevo en gran silencio.

Nadie la habia vendido. Nana estaba salvada. Volvió á entrar á tientas en la alcoba, tiritando, muerta de miedo. Sus piés desnudos sangraban, heridos por el enrejado.

Durante mucho tiempo permaneció sentada al borde de la cama, escuchando siempre. Hacia la madrugada se durmió. Pero á las ocho, al despertarse, se escapó del hotel y corrió á casa de su tia.

Cuando la señora Lerat, que justamente estaba tomando con Zoé un café con leche, la divisó á esta hora, descompuesta y sucia, lo comprendió todo inmediatamente.

— ¿ Eh ? ¡ Esto es hecho ! — gritó. — Bien te decia que iba á arrancarte la piel de la espalda..... Vamos, entra ; tú serás bien recibida siempre en mi casa.

Zoé se habia levantado, murmurando con una familiaridad respetuosa :

— En fin, la señora ha vuelto..... Yo esperaba á la señora.

Pero la tia quiso que Nana abrazase á Luisito, porque, segun

afirmaba, este niño no tenia otra esperanza de felicidad que la prudencia de su madre.

Luisito, enfermizo siempre, con la sangre pobre, dormia aún. Y cuando Nana se inclinó sobre su cara pálida y escrofulosa, creyó que todos sus disgustos de los últimos meses se le subian á la garganta y la estrangulaban.

— ¡ Oh ! ¡ pobre hijo mio, pobre hijo mio ! — balbuceó en una última crisis de sollozos.